

Por muy buena que sea una madre con sus hijos, no es buena madre cuando se cuida más del mundo que de su familia.

MADRE.—Una madre debe estar siempre inquieta, sin perder la gracia de la tranquilidad.

Una madre debe triunfar, no ménos por su condescendencia, que por su firmeza.

Una madre debe ser tierna sin menoscabo de su generosidad.

MADRE.—Una madre debe reconocer la ofrenda que hizo de sus hijos.

Una madre debe ser justa en compartir por igual su corazón entre sus hijos:

Una madre debe ser modelo en las virtudes que enseña á sus hijos.

MADRE CATÓLICA; véase: MUJER: *su influencia considerada como madre.*

Véase: EDUCACION DOMÉSTICA.

MAESTROS y MAESTRAS; véase: ESCUELAS y EDUCACION RELIGIOSA.

MAGDALENA.

(CONVERSION DE LA)

Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.

Le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho.

(LUC. VII, 47.)

Esta es la respuesta que dió el Salvador del mundo al fariseo, hablando de la mujer pecadora, cuya conversion nos propone hoy el Evangelio: y yo me valgo de ella, no para hacer el elogio de esta ilustre penitente, sino el del amor que la hizo santa. El desorden de la Magdalena consistió en haber amado mucho; y con mudanza visi-

ble de la diestra del Altísimo, en haber amado mucho consistió su santidad. Su amor la hizo esclava del mundo, y, por un efecto maravilloso de la gracia, su amor la hizo predestinada y esposa de Jesucristo. Lo que habia sido su culpa, fué su justificación: y el amor puro de su Criador fué el remedio eficaz que la curó en un momento del amor impuro y profano de la criatura. Milagro del amor de Dios, de que intento tratar en este discurso. Milagro que Dios, por providencia singular, quiso hacer público, para que los pecadores del siglo tuviesen en este ejemplo un motivo poderoso de confianza y un ejemplar perfecto de penitencia. Un poderoso motivo de confianza, para no caer en desesperacion, por distantes que se hallen de los caminos de Dios: un perfecto ejemplar de penitencia, para no dar en una presuncion peligrosa, fiándose de la misericordia de Dios. Porque con esta ocasion pudiera yo, con razon, decir á un alma mundana, atormentada de los torcedores de su conciencia, lo que san Ambrosio dijo al emperador Teodosio: *Qui sequutus es errantem, sequere penitentem.* Este santo obispo hablaba de David, y yo hablo de Magdalena, y os digo: si habeis tenido la infelicidad de seguir á esta pecadora en los desvarios de su vida, y no os aprovechais de su ejemplo, ¿qué se debe, ni se puede esperar de vosotros? Veamos, pues, por qué camino consiguió su conversion, y cómo se portó despues de convertida; pero imploremos ántes el socorro del cielo por la intercesion de la Madre de Dios. A. M.

1. El pecado de la Magdalena fué su orgullo y su amor propio; una interior idolatría de sí misma, y una ambicion detestable, no solamente de ser amada, sino adorada. Ella no fué licenciada sino porque fué vana y amante de sí misma con exceso. Pero el amor divino que penetró su corazón, supo muy bien vengar á Dios de uno y otro: porque en lugar de aquel amor propio que la cegaba, la infundió un odio santo de sí misma; y en lugar de aquel orgullo, del cual habia formado su pasion dominante, la inspiró una humildad muy profunda.

Amó la Magdalena; y por consecuencia necesaria empezó á aborrecerse á sí misma: porque sin aborrecerse á sí, ¿cómo hubiera podido amar á Dios? Amando á este Dios de pureza y santidad, y no hallando en sí misma sino corrupcion y desorden, ¿cómo pudiera dejar de concebir, no solamente el desprecio, sino el horror de sí misma? Y con este horror, ¿cómo pudiera dejar de practicar desde luego lo que al parecer no era propio sino de unas almas ya perfectas? Pero ella juzgó, que á nadie le convenia mejor que á una pecadora el desasirse de sí, y negarse y morir á sí misma. ¿Cómo pudiera dejar

de estar toda penetrada de estos sentimientos, cuando, alumbrada con las luces de la gracia, se vió como un mónstruo á los ojos de Dios; como una criatura infiel que nunca le habia dado la gloria que se le debe; como una criatura rebelde, que tanto tiempo habia hecho profesion á cara descubierta de atropellar todas las leyes de Dios; con su vida licenciosa le habia ultrajado, en sí misma habia profanado sus dones, y con un abuso digno del mayor castigo se habia valido contra el mismo Dios de los favores que habia recibido de su mano?

Amó, y desde el instante en que empezó á amar, acabó con aquellos cuidados excesivos de una frágil hermosura, que habian sido toda la ocupacion de su vida. Vedla á los piés de Jesucristo, sueltos los cabellos, triste el semblante, y bañados en lágrimas los ojos. Esto es lo que nos representa el Evangelio como un modelo del amor propio destruido. ¿Piensa Magdalena ya en lo que la puede hacer mejor parecida? ¿Teme que su semblante pierda la belleza, se desfigure con su llanto? A vista del dolor que la causa su pecado, ¿la da la menor inquietud ese pensamiento? No, hermanos míos. Al contrario, me parece oírla exclamar: piérdase para siempre esta gracia perecedera y caduca; conviértanse mis ojos en dos fuentes para regar la tierra con mi llanto; no sirvan sinó para mi humillacion estos cabellos que han sido la ocasion ordinaria de mi vanidad; sea este cuerpo en adelante una víctima de la mortificacion y de la austeridad.

Amó; y porque amó le quiso dar á Dios una solemne satisfaccion, y padecer la pena de una pública confusion por todos los atentados de su orgullo y soberbia. Postrada á los piés de Jesucristo, se acordó de las ansias con que habia deseado ser adorada del mundo; esto es, de que hubiese hombres que no pareciese que habian nacido sinó para ella; que no solamente estuviesen por ella locos y sin juicio, sinó que fuesen impíos y sacrílegos, dispuestos por ella á dejar el culto de su Dios, á sacrificarla su libertad, su sosiego, sus conveniencias; poco es esto, su salvacion y su conciencia: porque á esto llega la ambicion en una mujer de mundo. Se acordó de los lazos que habia armado á la inocencia de las almas; de las astucias de que se habia valido para engañarlas; de los encantos que habia usado para romperlas, y de las pasiones que en sus corazones habia encendido. Esto es lo que su amor la hizo conocer; esto es con lo que se confundió mil veces á sí misma. ¡Ah! le dice á su Dios en el fervor de la contricion más santa, ¡que no haya estado yo hasta ahora en el mundo sinó para hacer guerra en él, para impedir las victorias de vuestra gracia, y ser enemiga declarada de vuestra gracia, y ser enemiga declarada de vuestra gloria! ¡Que no haya yo vivido sinó para per-

der lo que vos queriais salvar, para destruir la obra de vuestra redencion, y para hacer que pereciesen las almas que vos habeis venido á buscar y os han tenido tanta costa! Pero ¿qué puedo hacer de aquí adelante, mi Dios, sinó amaros tanto como me he amado á mí misma, y poner tanto cuidado en agradaros, como he puesto por mi desdicha en agradar á otros? ¿Os puedo desagaviar mejor de tantas injusticias como os he hecho, y de tantos delitos, sinó con un amor sincero y puro, cuyo inestimable valor he empezado ya á conocer?

Amó, y quedaron satisfechas todas estas injusticias: amó, y todos estos pecados se le perdonaron. No infráis de esto, pecadores que me oís, que nuestro Dios tiene mucha facilidad y blandura: esta consecuencia fuera error en el sentido en que la entendeis; y pudiera ser más funesto para vosotros este error, que vuestro desenfrenamiento. Inferid, sí, que el amor de Dios tiene una virtud superior á cuanto entendemos de él. Inferid que el amor es tan poderoso como la misma muerte, quiero decir, tan meritorio y tan agradable á Dios como el martirio. Inferid que el amor de Dios es tan santo y hace tan santos como el bautismo. Inferid que en comparacion del amor de Dios, cualquiera satisfaccion del pecador tiene poca eficacia, y separada del amor de Dios es nada lo que vale: esto es en lo que convendré con vosotros; pero, tambien convendreis conmigo, en que hay pocos pecadores que amen á Dios, como le amó la Magdalena, hasta aborrecerse y negarse á sí mismos; y por consiguiente, que hay pocos pecadores, que aún cuando piensan que se convierten á Dios, le amen sinceramente; pues amar á Dios sin aborrecerse y negarse á sí mismos, es amarle y no amarle.

No solamente el amor de Dios fué satisfaccion del pecado de la Magdalena, sinó que purificó tambien su origen. Este origen era su corazon blando y tierno: y para purificarle, amó; pero amó al que no puede ser amado con exceso de cariño y de ternura: y de ese modo hizo la Magdalena de su cariño y ternura, virtud y merecimiento. Conoció que no la habia dado Dios en vano un corazon tierno, pero que este corazon se hizo para su Majestad; y que si hasta entónces habia estado inquieto, no era por ser cariñoso, sinó por haberlo sido con quien no debia. No creyó que un corazon convertido habia de ser seco, duro, frio y tibio; ántes conoció que debia ser ardiente, celoso, afectuoso, capaz de moverse y ablandarse: y hallando todas estas propiedades en el suyo, juzgó que no debia emplearlas ya sino en amar con ternura á aquel Dios de quien las habia recibido, y para con quien habia estado tan insensible hasta entónces.

El amor de Dios, despues de haber sido satisfaccion por el pecado

de la Magdalena, despues de haber purificado su origen, consagró su materia, esto es, todo lo que servia á su profanidad y á sus entretenimientos. Era una mujer dada á deleites, habia gustado de olores y de todo lo que lisonjea los sentidos: ¿y la quedó el mismo gusto despues de su conversion? Bien lo sabeis; pues con efecto visible de la prediccion del Salvador del mundo, lo que hizo en casa del fariseo, y pareció precisamente un leve movimiento de su piedad, se publica hasta el dia de hoy para su gloria en cuantas partes se anuncia el Evangelio de Jesucristo. No, no, dice Magdalena al punto que sintió el tiro de la gracia y del amor de su Dios, no debo ya buscar las delicias del mundo: no dice esto bien con una pecadora, y mucho ménos con una pecadora que hace penitencia. ¿Se han de emplear los regalos en un cuerpo que ha merecido las llamas eternas? ¿Han de servir los perfumes para delicias de una carne, que hasta aquí ha sido carne de pecado, y ántes de mucho tiempo será materia de corrupcion en la sepultura? No será, Señor; más puesto en razon está consagraros á vos este cuerpo y esta carne, y todo lo que ha sido causa de que se rebelen contra vuestra ley, y emplear ya en vuestro obsequio lo que tantas veces ha desperdiciado por mí misma. En efecto, movida de este sentimiento, lleva consigo un bálsamo precioso y exquisito, derrámale sobre sus piés, los riega con sus lágrimas y los enjuga con sus cabellos. Así halló en su misma profanidad materia para honrar al Hijo de Dios, y en su vanidad, con que ofrecerle un sacrificio agradable. Hizo más todavía; remedió el escándalo que habia ocasionado con su desórden. El escándalo del pecado consiste en los perniciosos ejemplos que da el pecador, y esto es lo que tuvo que remediar la Magdalena. Era una pecadora conocida en toda la ciudad por su vida licenciosa y desahogada; pero amó, y desde entónces se resolvió á declararse por Jesucristo, tan de veras, como lo habia estado para el mundo. No buscó oportunidad para hablarle en secreto, quiso que fuese en medio de un concurso numeroso: no temió á lo que se diria de ella; al contrario, quiso que el ruido de su accion sonase por todas partes: previno todos los discursos que se harian y todas las censuras que ocasionaria con su accion, y eso mismo fué lo que la resolvió á hacer pública su mudanza: ¿por qué? Por glorificar á Dios con su penitencia, tanto como le habia injuriado con su dissolution; para ganar á Dios con su conversion tantas almas, como habia hecho perder con su vida licenciosa; para confundirse más; y castigarse más con esta confusion por las alabanzas engañosas y por las adoraciones que habia recibido y gozado con tanta complacencia. Por eso se entra en casa del fariseo con una osadía santa. De nada se

habia avergonzado cuando intentaba satisfacer su pasion; y así de nada se avergüenza cuando pretende dar una satisfaccion pública al Dios que ama. La habian visto sobresalir dominando en los concursos, y ahora quiere que la vean postrada en tierra en forma de quien rendidamente ruega. Habia testigos del cuidado con que habia empleado tanto tiempo en componerse y adornarse, en seguir las modas y buscar otras nuevas; pero ahora quiere que los haya del desprecio que hace de todo. Esto quiere, y no querer esto como ella, es no hacer penitencia como ella la hace; pero, no hacerla así, es lo mismo que no hacerla de ningun modo. Así se le perdonaron muchos pecados á la Magdalena, porque amó mucho con un amor de penitencia; y áñado, que amó mucho con un amor de reconocimiento, porque se la perdonaron muchos pecados.

2. El Salvador del mundo le dijo: *tus pecados son perdonados, anda en paz*. Mas, por eso mismo no tuvo quietud su amor á Jesucristo, y la causó aquellos ardientes y santos impetus de agradecimiento, que tantas veces y tan vivamente la inquietaron. Porque sus pecados se le habian perdonado, se dedicó con afecto inviolable al servicio de este hombre Dios, mientras vivió en este mundo. Porque sus pecados se le habian perdonado, le dió pruebas de una heróica fidelidad en el tiempo de su pasion y de su muerte. Porque sus pecados se le habian perdonado, se estuvo junto á su sepulcro con una perseverancia invencible. Porque sus pecados se le habian perdonado, le buscó con todas las ansias de esposa santamente apasionada, cuando creyó que habia resucitado.

La Magdalena convertida puso en adelante todo su afecto en Jesucristo. Bien lo sabeis. Mientras estuvo este hombre Dios en el mundo, de tal modo manifestó que le habia entregado toda el alma, que solo para él parece que vivia. ¿En qué se empleó? Le seguia en Judea y Galilea, siendo inseparable compañera de sus caminos cuando andaba de lugar en lugar predicando el reino de Dios. ¿En qué empleaba su hacienda? En regalarle y servirle: *Et ministrabat ei de facultatibus suis* (Luc. viii, 3). Feliz mil veces, dice san Juan Crisóstomo, por haber concurrido al sustento de una vida tan importante y necesaria: mil veces feliz por alimentar al mismo á quien debia su remedio: mil veces feliz por recibirle en su casa, y ejercitar con él los oficios del más liberal y cariñoso hospedaje. ¿Dónde estuvo más comunmente? A los piés de este adorable maestro, oyendo, meditando y regalándose con sus palabras: *Sedens secus pedes Domini audiebat verbum illius* (Luc. x, 39).

Hizo aún más la Magdalena despues de convertida: le dió mues-

tras á Jesucristo de una heróica fidelidad en el tiempo de su pasion y muerte. ¡Ay! hermanos míos, ¡qué ejemplo tan grande, si sabemos aprovecharnos de él y hacemos sobre él toda la reflexion que merece! Estaba esparcido el rebaño de Jesucristo, los apóstoles habian huido. San Pedro, despues de su caída, no se atrevia á parecer en público: las columnas de la Iglesia se habian movido, pero la Magdalena, intrépida y firme, estaba al pié de la cruz con la madre de Jesucristo. Magdalena, con la Madre de Jesús; Magdalena, ántes pecadora, ahora con la Madre de Jesús, siempre santa, como si la penitencia hubiera entónces conseguido alguna suerte de igualdad con la inocencia y participara de sus derechos: como si hubiera habido alguna especie de competencia entre la una y la otra: como si el Hijo de Dios, despues de una María tan pura y exenta de toda culpa, no hubiera hallado otra alma más constante en su servicio, que otra María sacada de la corrupcion y servidumbre del pecado. Mas, no os sorprenda semejante constancia. Sabia muy bien la Magdalena lo que debia á este Dios crucificado, y no podia apartarse de él cuando estaba perfeccionando en la cruz la obra admirable de su remedio. Sabia muy bien lo que debia á la cruz de este Dios, que estaba muriendo en ella; que esta cruz habia sido anticipadamente el origen de su felicidad; que en virtud de los méritos previstos de ella, la habia dicho Jesucristo: *Mujer, tus pecados te son perdonados*; y en fin, que esta palabra obradora de tanto bien estaba para confirmarse auténticamente en esta cruz. Fué en la cruz en donde Magdalena, más que nunca, reconoció por su Salvador á Jesucristo; y fué tambien la cruz en donde Jesucristo reconoció á Magdalena, si me es licito decirlo así, por su más celosa y fiel amante.

A la verdad, cristianos, á lo que nos obliga la memoria de un beneficio que tanto vale como el de nuestra conversion, es, á ser fieles á Dios en las aflicciones y trabajos, á ser constantes en su amor cuando nos prueba con las cruces, á estar unidos con su Majestad, aún cuando parece que nos desampara, y á no salir de sus caminos, aún cuando no hallamos en ellos sinó espinas y escabrosidades. Pero, no tener constancia ni fidelidad en servirle sinó cuando hallamos gusto en su servicio; no ser de Jesucristo, ni sacar por él la cara, sinó cuando no tiene costa; seguirle hasta la Cena no más, y abandonarle en el Calvario, es olvidarse de haber sido pecadores, es desmentir los empeños en que hemos entrado por la penitencia, y es no pagar el mayor beneficio que nos ha hecho, sinó con un reconocimiento superficial y aparente.

Pero, habiendo muerto ya Jesucristo en la cruz, ¿dónde se retiró la

Magdalena? Con una perseverancia invencible se quedó junto al sepulcro de su Maestro amable. ¿Qué pensamientos fueron los suyos? ¿Qué sentimientos herian vivamente su corazón? ¿Qué resoluciones hizo de morir en espíritu, como su amado habia muerto en el efecto, y de sepultarse con él en una vida penitente y humilde, como él estaba sepultado en las tinieblas y lobreguez del sepulcro?

En fin, Magdalena buscó á Jesucristo resucitado con un fervor propio del amor más generoso y ardiente. Si se habia apartado por algunas horas del sepulcro, fué para preparar unguentos preciosos, y venir con presteza á embalsamar el cuerpo de su Maestro. Pero ¡qué atónita se quedó cuando se halló sin él! ¡Qué arroyos de lágrimas corrieron de sus ojos! ¡Con qué cuidado, con qué presteza, con qué inquietud discurrió hácia todas partes para descubrir el lugar en que pudiese hallarle! ¡Ay de mí, exclamó, que me han llevado á mi Señor y á mi Dios, y no sé donde le han puesto. ¡Con qué generosidad se ofreció á llevarle por sí misma, si tenia la suerte de volverle á hallar! Pero ¿qué pensaba Magdalena? ¿Habia de poder ella sola con un cuerpo, que muchos hombres juntos apenas hubieran podido llevar sobre sus hombros? Yo no lo sé, y por ventura, ni ella lo sabia; pero no consultó con sus fuerzas: no dió oídos sinó á su amor, y el amor todo lo juzga posible. Pero, luego que Jesucristo la habló y se le dió á conocer ¡qué ímpetu fué el de su alma! ¡Con qué ardor se fué corriendo á Jesucristo y se arrojó á sus piés para abrazarlos! ¡Con qué presteza fué á llevar á los apóstoles la nueva de su resurreccion, hecha apóstol de los apóstoles, y mereciendo por su fervor ver ántes que ellos al Hijo de Dios en el resplandor de su gloria! Esté es aquel fervor santo que vemos, aún en los mayores pecadores, cuando habiéndose convertido á Dios sinceramente, piensan el abismo en que estaban sumergidos y la misericordia con que la gracia los ha librado. No contentándose con los ejercicios ordinarios y con las obras indispensables de la penitencia cristiana, añaden á eso cuanto puede inspirar el reconocimiento. ¿Y qué no puede inspirar un amor reconocido? No me permite el tiempo detenerme para declararlo, porque es preciso concluir. *Vides hanc mulierem?* (Luc. vii, 44), dice el Salvador al fariseo: ¿ves esta mujer? Pues aunque pecadora pública, ha hecho por mí mucho más que tú. Ha derramado sobre mis piés los unguentos más exquisitos, los ha regado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Aunque tú seas justo y no tengas culpa de qué ser reprendido, ó pienses que no la tienes, no has hecho conmigo cosa semejante. Tener el celo de algunos pecadores que se han convertido, los progresos que hacen en el servicio de Dios, y la

comunicacion que gozan con su Majestad, fuera, al parecer, dice san Agustin, materia de envidia á los más santos; y si no fuera por el interés de Dios, que quieren más que el suyo propio, casi le dieran quejas al mismo Dios, como se las daba el hermano mayor del Hijo pródigo á su padre. Admirable efecto de la penitencia, que no solamente puede llegar á igualarse con la inocencia, sinó aún elevarse más de algun modo. Entendamos esta verdad, amados oyentes míos. Entendedla, justos, para humillaros; pero, para animaros tambien al mismo tiempo, entendedla, pecadores, para consolaros y tener aliento. Trabajemos todos á una, ó, por mejor decir, á competencia; y no será inútil nuestro trabajo, pues podemos todos llevarnos la corona de gloria, que yo os deseo, etc.

MALDICIONES.

Omnis qui irascitur fratri suo, reus erit iudicio: qui autem dixerit fratri suo, raca, reus erit concilio; qui autem dixerit, fatue, reus erit gehennæ ignis.

Quien quiera que tome ojeriza con su hermano, merecerá que el juez le condene; y el que le llamáre raca, merecerá que le condene el concilio; mas quien le llamáre fátuo, será reo del fuego del infierno.

(MATTH. V, 22).

Ya no es Moisés ni los profetas quien nos hablan; es el Dios de Moisés y el Rey de los profetas el que nos instruye con plenitud de luz, de certeza y de unción. Es el Señor de la ley el que nos enseña lo que la ley exige de nosotros: no se contenta con arreglar el exterior y detener la mano, sinó que llega hasta la reforma del corazón. Vosotros sabéis que se ha dicho á los antiguos: no matareis; y yo os advierto que no debeis irritaros sin motivo: os prohibo todo deseo criminal, todo pensamiento de venganza, toda palabra de desprecio é injuriosa al prójimo. ¿Y quién no temblará, mis hermanos, viendo á Jesucristo, á Aquel divino legislador que vino á establecer en la tierra la ley de la caridad perfecta, condenar al fuego del infierno al que

dijere á su hermano, eres fátuo? Bien sé que segun los intérpretes, la palabra *fátuo* se pone aquí en vez de todas las calificaciones odiosas, que llegan hasta deshonrar al prójimo y ofenderle en su reputacion; pero es necesario convenir, en que esta terrible sentencia, *reus erit gehennæ ignis*, debe hacer temblar á aquellas personas cuya boca está llena de maldiciones. Este vicio será hoy la materia de vuestra instruccion. Mas, como los que maldicen, ordinariamente quieren justificarse, escuchémosles primero, y no los condenemos sin oírlos. Yo maldigo, dicen estos, pero no pienso hacer mal. Yo maldigo, dicen aquellos, pero no lo hago sin razon. Yo maldigo, dicen otros; mas esta es una costumbre de que no puedo corregirme. Hagamos ver á los primeros, *el mal que hacen maldiciendo*; á los segundos, *que son inexcusables*; y á los terceros, *que su mala costumbre tiene remedio*. Imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

1. ¿Comete un pecado grave el que maldice á su prójimo? Respondo, que comete un pecado que es mortal por su naturaleza. Esto es decir, que este pecado no puede ser venial, sinó por falta de deliberacion, ó porque el mal que se desea no es grave, ó porque no se desea que suceda. Pero, si el mal que se desea es considerable, y si es nuestra intencion que suceda, no hay duda que es un pecado mortal, más ó ménos grave, segun la persona á quien se maldice merece más ó ménos nuestro amor ó nuestro respeto. Maldecir, por ejemplo, á su padre ó á su madre, es un pecado mucho más enorme que maldecir á otra persona. Así la ley de Moisés condenaba á muerte á un hijo, que fuese tan inhumano, que maldijese á su padre ó á su madre: *Qui maledixerit patri suo vel matri, morte moriatur* (Exod. XXI, 17). Para que comprendais la gravedad de este pecado, es necesario explicaros la injuria que hace á Dios, al prójimo y al que lo comete.

Digo lo primero, que el que se irrita hasta prorumpir en maldiciones, ultraja á Dios, combate sus infinitas perfecciones y quiere usurpar los derechos de su omnipotencia. El rey Profeta nos enseña, que todo pertenece á Dios. ¿Qué hace el maldiciente en su cólera? Blasfemia contra la Providencia divina, en vez de reconocer que todo está dispuesto por su sabiduría; en lugar de sujetarse á Dios cuando le sucede alguna cosa funesta, y de decir como el santo Job: Dios sea bendito, hágase su voluntad, se desenfrena en maldiciones execrables. ¡Miserable maldiciente! ¿no tratarás mejor á la suprema majestad de tu Dios? Irritado contra tu vecino, le deseas mil veces la muerte, deseas que Dios le abisme, que el demonio le lleve. ¡Ay infeliz! ¿qué haces? Mira los auxiliares que tomas para suplir á tu ma-